

**VICISITUDES
DEL PROYECTO.
IRONISMO
PRIVADO Y
CRÍTICA DE LAS
IDEOLOGÍAS**

Vicisitudes del proyecto. Ironismo privado y crítica de las ideologías

Fecha Recepción: 07 octubre 2013

Project Vicissitudes. Private ironism and critique of ideologies

Fecha Aceptación: 19 noviembre 2013

PALABRAS CLAVE

Ironismo | ideología | deconstrucción | discurso | proyecto

KEYWORDS

ironism | ideology | deconstruction | discourse | project

José Solís

Escuela de Arquitectura, Facultad de Arquitectura y Paisaje, Universidad Central de Chile
Santiago de Chile
jose.solis@ucentral.cl

Resumen_

El virtual descrédito de la noción moderna de "proyecto", en tanto consecución racional de un *telos* político-emancipatorio se asoma como contracara de la insistente reducción del ejercicio proyectual al plano significativo de los recursos de representación, aspecto que es posible de reconocer, simétricamente, en el particular modo de ejercer la reflexión teórica típicamente posmoderna. En este sentido, el vaciamiento de los fines del proyecto tras la preocupación por los medios parece coincidir con la aparente radicalidad crítica del ironismo deconstructivista que, convertido hoy en día en sentido común de la escritura autopromocional del "arquitecto-empresario", no ha hecho otra cosa que ejercer una férrea despolitización discursiva de la disciplina. Precisamente, el ironismo posmoderno como "ideología" requiere ser pensado y combatido desde un ámbito que se reconozca resistente a su influjo, al tiempo de demandar, con urgencia, la repolitización de la noción de proyecto mediante una crítica de las ideologías. Únicamente la vocación pública de la universidad parecería abrigar las condiciones necesarias para una resignificación de esta naturaleza, que reivindique la inspiración modernista del proyecto arquitectónico.

Abstract_

The virtual discredit of the modern notion of "project" as a rational achievement of an emancipatory political telos emerges as a counterface of the persistent reduction of the project exercise to the significant plan of representation resources, an aspect that is possible to recognize, symmetrically, in the particular way of exercising the typical postmodern theoretical reflexion. Thus, the emptying of the ends of the project after the preoccupation for the means seems to coincide with the apparent critical radicality of deconstructivist ironism that, having become today the common sense of the self-promotional writing of the "architect-entrepreneur", has not done anything but exercise a strong discursive depolitization of the discipline. Precisely, postmodern ironism as an "ideology" needs to be thought of and fought against from a field that recognizes itself as resistant to its influence, at the time of demanding, urgently, the repolitization of the project notion by means of a critique of ideologies. Only the public vocation of the university would seem to have the necessary conditions for a new meaning of this nature, reclaiming the modernist inspiration of the architectural project.

La condición posmoderna de J. F. Lyotard nos sitúa en lo que, quizás, sea una de las más cruciales interrogantes para la comprensión de la noción moderna de proyecto. El argumento es bastante conocido. Para desbancar al mito religioso como sustento del poder monárquico, la ciencia moderna finalmente tuvo que recurrir a otra mitología para justificarse: el metarrelato del progreso. La condición posmoderna, por el contrario, vendría a cifrar el acontecimiento por el cual la ciencia contemporánea ya no requeriría de esta ayuda a la hora de justificar sus operaciones. Tras el derrumbamiento de los fines emancipatorios de la ciencia moderna alentados por dicha mitología, ya no es central la inquietud por la verdad ni por la justicia. Abandonando la dictadura del telos, el hacer investigativo contemporáneo nutre su legitimidad mediante la mejora performativa de sus procedimientos y métodos, de modo que el criterio de eficiencia de los medios viene a reemplazar a la altura política y epistemológica de los fines (Lyotard, 2000). En este escenario, la entrada en crisis de la idea de progreso no podía menos que traer aparejada, si no la devaluación, al menos una transfiguración de la idea misma de proyecto, debido al sentido prospectivo que ambos términos tienen en común.

Análogamente, en la propia teoría de la arquitectura podemos encontrar un desplazamiento de los fines hacia los medios en la sucesiva caída en descrédito de los postulados del movimiento moderno y, por cierto, de su particular comprensión de lo proyectual. Tal vez el modelo más elocuente de esta manifestación está depositado ejemplarmente en el ensayo fundacional del deconstructivismo “El fin de lo clásico”, de Peter Eisenman. Según el norteamericano, la muerte de la representación liberaría a la arquitectura del dictado de los fines enarbolado por el movimiento moderno y, consecuentemente, de su concepción del proyecto subordinada a la heteronomía de lo social y lo político. En efecto, para Eisenman, una arquitectura verdaderamente autónoma deberá regirse por principios immanentes, concentrando todos los esfuerzos investigativos ya no en su sumisión a algún cometido extra-disciplinario de orden ético-emancipatorio, sino en los propios recursos y métodos de proyectación. Este énfasis en lo metodológico-procesual afecta a tal punto la propia noción de proyecto que, lejos de asociarse a la

idea moderna de trascendencia respecto del peso de la facticidad, se transforma, inversamente, en el significante privilegiado para abrigar la demanda –y la promesa– de autonomía disciplinaria⁽¹⁾ (Eisenman, 1994).

Ello queda de manifiesto en la seductora tendencia a reducir la teoría de la arquitectura a una teoría del proyecto o del diseño, en definitiva, a una poética arquitectónica obsesionada hasta el delirio con la investigación de nuevas estrategias de diseño, registro y notación arquitectónica. Este fenómeno es endosable transversalmente a toda la escena de lo que algunos llaman la neovanguardia internacional (Puebla Pons, 2002).

Convertida hoy en día en sentido común, la fascinación deconstructivista por los significantes no queda únicamente circunscrita al plano de las prácticas visuales, sino que también ha logrado hegemonizar un conjunto de disposiciones textuales con los cuales intenta expandir sus posiciones y, de contrabando, su nueva versión de lo proyectual. Si en su momento el clasicismo recurrió al orden del tratado de arquitectura y el movimiento moderno apeló al manifiesto y la historiografía, la neovanguardia utiliza primordialmente la entrevista y el ensayo autoral para promocionarse. El estatuto de este último –y cuyo canon es sin duda el texto de Eisenman antes citado– quizás pueda ser definido bajo lo que Richard Rorty define como “ironía”, entendiendo con ello la estrategia retórica distintiva del discurso intelectual posmoderno (Rorty, 1989).

(1) Sería un completo simplismo concebir la autonomía como una sistemática desestimación de la exterioridad de aquello que, supuestamente, involucra lo auténticamente propio. Más aún, en el caso de Eisenman, por ejemplo, sería un contrasentido considerando su evidente influencia postestructuralista. El asunto no consiste en cortar amarras con el exterior y desconocer posibles aportes foráneos, sino más bien lo contrario: funcionalizar los recursos extra-disciplinarios en miras a fortalecer y consolidar la autonomía. Más allá de sus intenciones críticas y de los múltiples cuestionamientos y denuncias sobre sus efectos inmovilizadores, el deconstructivismo filosófico ha sido, para el dogmatismo neoliberal, un excelente antidoto neutralizador de las aspiraciones políticas que el movimiento moderno intentó identificar con la propia disciplina arquitectónica, por considerarlas heterónomas al oficio. El ánimo posmodernista que opera detrás de esta supuesta defensa autonomista se reviste de una fuerte actitud crítica en contra de toda dimensión eidética por identificarla, sin más, con una postura “metafísica”. No obstante, esta actitud en la práctica ha resultado ser extremadamente conservadora, pues desincentiva toda prefiguración de una alternativa que pueda orientar una posible transformación política radical. Sin duda, la apuesta por una rehabilitación no metafísica de la noción de idea que ha desarrollado Alain Badiou podría ser muy provechosa para reponer esa posibilidad.

Respecto de la legitimación, Rorty establece dos tipos básicos de toma de posición ante lo que denomina "léxico último", entendido como aquel discurso al que inevitable e implícitamente siempre hacemos referencia en nuestras argumentaciones, y sobre el cual no existe ningún otro que le trascienda. En definitiva, se trataría de lo que Lyotard denomina "metarelato". Estos dos tipos de posicionamiento originan, a su vez, dos figuras intelectuales que son la del metafísico y la del ironista (Rorty, 1989).

Por una parte, el metafísico sería quien asegura, contra viento y marea, la existencia de un repertorio fundamental y trascendente, más ajustado a la realidad que cualquier otro relato y al cual estamos todos fatalmente sometidos. Cree, además, que es posible determinar sistemáticamente los términos que lo componen y derivar de ellos los criterios que permitan discernir lo correcto de lo incorrecto, además de jerarquizar bajo su administración todo el resto de los lenguajes "menores". Este meta-discurso privilegiado sería, en buenas cuentas, la filosofía (Rorty, 1989).

A diferencia de la figura anterior, el ironista estima que el léxico último al cual adscribe es siempre provisorio, admitiendo su plausibilidad solo por razones de eficacia; de lo contrario, está dispuesto a abandonarlo por uno de mayor idoneidad argumental. Renunciando a la creencia de ser más justo con la realidad, advierte que ninguna tesis formulada desde su relato podrá eliminar su carácter provisional. En este sentido, el ironista asume la imposibilidad de trascender su propio léxico dado el carácter históricamente prefigurado de todo discurso. Por lo mismo, y en cuanto depositaria principal de tal pretensión, la filosofía jamás puede ser apreciada como superior a la literatura o a la ciencia, sin ejercer cierta violencia simbólica contra ellas (Rorty, 1989).

Estas dos posiciones intelectuales, por su parte, especifican distintas estrategias a la hora del ejercicio argumentativo. Mientras el metafísico legitima sus dichos en función de un aparente acceso a un relato último, el ironista, en cambio, lo hace sin acudir a la fundamentación metanarrativa, sino mediante la "redescripción" de los léxicos últimos de sus contrincantes. En esta lectura del razonamiento de los otros, el ironista inaugura performativamente un territorio en donde su posición aparece como la

más lúcida respecto de sus adversarios. Logra vencerlos al escenificar sus potencias y debilidades, en el preciso momento en que se auto-arroga la capacidad de vislumbrar lo que ellos no están en condiciones de advertir de sí mismos. Por consecuencia, Rorty identifica la intención del ironista como ajena a toda pretensión pública centrada en la verdad o la justicia –modos propios de una fundamentación última de tono ilustrado– pues en este caso se trataría, más bien, de una motivación privada: ganar la jugada al mismo tiempo de elaborar su propia imagen. La fuerza discursiva del ironista no radica en la virtud ética o epistemológica de su razonamiento, sino en la capacidad de persuasión obtenida gracias a la potencia redescritora que moviliza en contra de sus rivales (Rorty, 1989)⁽²⁾.

Esto tendría dos consecuencias políticas fundamentales. En primer lugar, consolida al liberalismo como la única virtud auténticamente democrática, debido a la instauración definitiva de la sofística como modo de legitimación argumental y, en segundo lugar, desalienta cualquier progresismo, puesto que ya no parece necesaria ni deseable la apelación a ningún léxico último de mayor superioridad histórica capaz de "liberarnos" de una supuesta opacidad ideológica de las argumentaciones.

Ahora bien, podemos decir que el tipo de orden discursivo ejercido por Eisenman –y por una larga progenie de arquitectos-teóricos posmodernos que repiten hasta el hastío este mismo funcionamiento– es fundamentalmente ironista. En efecto, Eisenman se encarga de redescibir toda la arquitectura occidental hasta la actualidad como una inexcusable e inadvertida militancia en el orden de lo clásico, adicto a la lógica de la representación. De este modo desestima todos los usos retóricos precedentes.

(2) Del mismo modo en que la neovanguardia arquitectónica privilegia el plano significativo, podríamos calificar al discurso ironista como algo también esencialmente estético. Para Kant, en el juicio de gusto, la razón "produce" al universal para efectos de subsumir el fenómeno a su regla. Este carácter productivo es, precisamente, lo que lo separa del juicio determinante: en este último, el universal –o concepto– es forzosamente a priori. Pues bien, al metarelato habría que ubicarlo del lado del a priori del concepto, mientras que en el caso del léxico último del ironista habría que hacerlo del lado del universal no-conceptual que opera en el juicio de gusto. En este, la universalidad jamás puede quedar congelada en una única figura, sino más bien abierta al "libre juego" de las facultades de conocimiento. En particular y siguiendo la analogía, en el ámbito de las argumentaciones del ironista, ese libre juego no sería otra cosa que la astucia de la redescripción. Cfr. Kant, trad. en 1993.

Primero, la intención del tratado: fustiga la adscripción clásica y metafísica de toda la arquitectura occidental; luego, hace lo suyo con la intención de la historiografía: redefine históricamente el modo en que la representación se ha vuelto dominante incluso en el propio movimiento moderno y su concepción de la historia; y, por último, desmantela la motivación del manifiesto: el propio ensayo de Eisenman renuncia a presentarse como declaración mesiánica legitimada por alguna virtud progresista superior que sea imperioso seguir. Al desmarcarse de todos los dispositivos textuales anteriores, asume una posición que él dibuja como “no-clásica”, colocándose fuera de la trampa metafísica, historiográfica y vanguardista de lo representacional, demandando una consideración “ficcional” de la arquitectura⁽³⁾.

Sin embargo, el discurso de Eisenman, si bien tiene una intención privada –bajo el entendido de que permite ubicarlo como ganador frente a las argumentaciones no clásicas– se reviste de un cierto interés público: llama a la arquitectura contemporánea a concentrarse en la autonomía. Como esta interpelación no puede ocurrir por fundamentación última, solo puede realizarse por persuasión o, en términos de la crítica de las ideologías, por medio de “hegemonía” (Laclau, 2002).

En la era de la lucidez cínica y post-ideológica⁽⁴⁾, ningún discurso contemporáneo en arquitectura puede pretender ser más verdadero que otro, sin incurrir en una legitimación por metarrelato. Al parecer, la única alternativa que queda es la persuasión redescritora, la cual, sin embargo, no opera precisamente en un escenario inocuo donde todos los contrincantes estén en las mismas condiciones de argumentar y ganar. Por el contrario, ella acontece en una compleja trama de poderes que organiza el

saber disciplinario y que determina, desde un principio, las diferentes posiciones de privilegio y subordinación de los competidores. En otras palabras, las condiciones de producción discursiva no son igualitarias ni se reparten de manera homogénea dentro del amplio campo arquitectónico. En lo relativo a su poder de persuasión, difusión y prestigio, no es lo mismo el relato elaborado por el arquitecto profesional de una oficina transnacional privada –como la que posee Eisenman– que el discurso propuesto por los académicos de una universidad pública latinoamericana. Evidentemente no es lo mismo, debido a lo que el propio Lyotard señala como uno de los efectos más característicos de la condición posmoderna: el decaimiento de la discursividad pública universitaria frente a la cada vez mayor influencia epistemológica de centros, empresas y organismos privados (Lyotard, 2000).

¿Para qué y para quién, entonces, escribe Eisenman –y por extensión– todo arquitecto profesional privado? ¿Para la autopromoción ironista o para el fortalecimiento de la disciplina? Podríamos decir que para ambos, pero no mediante una argumentación bífida que establezca de manera equilibrada la disyunción entre público y privado, pues, si no se quiere ser un anacrónico metafísico, necesariamente la intención ironista debe primar en último término.

Es aquí donde podemos vislumbrar la textura retórica del arquitecto profesional que hace “teoría” en lo que respecta a los intereses que inevitablemente movilizan su habla. Dicha textura es, justamente, la legitimidad posmoderna, es decir, aquella que se realiza por la circularidad perfor-

(3) En estos términos, y a modo de ejemplo, habría que decir que, a diferencia de los posmodernos, tanto Le Corbusier como Borchers jamás escribieron ensayos: estaban completamente convencidos –cada uno a su manera– de que por sus escritos hablaba algo inmensamente superior al hecho contingente de sus respectivas existencias individuales, ya sea el soma universal-matemático del *Modulor* o “Lo plástico”. Por el contrario, y a distancia de un rol representacional subsidiario a alguna idea trascendental, el carácter de ficción y no de “representación” de la arquitectura no clásica es justamente lo que conduce a Eisenman a privilegiar en ella el orden de los significantes por sobre los significados, en definitiva, a los medios por sobre los fines. He aquí, por cierto, la clave para toda una nueva noción de proyectualidad, aquella que tiende a reconocer su auténtico domicilio única o principalmente en los problemas del diseño.

(4) Como es sabido, la definición marxista tradicional del concepto de ideología puede reducirse a la fórmula “ellos no lo saben, pero lo hacen”. Como asegura Sloterdijk, en un mundo donde cada vez somos más conscientes del carácter inevitablemente mediado de la realidad, la posibilidad de dejarse someter por la falsa conciencia es bastante restringida. Para una praxis en que los sujetos ya no estarían orientados por ninguna ilusión, Sloterdijk reserva el concepto de “conciencia cínica” que, en nuestros términos, vendría a ser la postura del ironista. Parafraseando la antigua definición marxista antes mencionada y que se ajusta con mayor plenitud a nuestra era post-ideológica, ella se puede resumir en el axioma “ellos saben lo que hacen, y lo hacen” (Sloterdijk, 2007). No obstante, hay una tercera alternativa que modifica el lema anterior reponiendo el condicionamiento ideológico en la propia actitud cínica. Justamente, es la que nos propone Žižek y que puede colocar en entredicho la aparente lucidez del ironista, precisamente, por ideológica: «Lo que ellos no saben es que su realidad social, su actividad, está guiada por una ilusión, por una inversión fetichista (...) saben muy bien cómo son las cosas, pero aun así, hacen como si no lo supieran» (Žižek, 2009, pág. 61).

En la era de la lucidez cínica y post-ideológica, ningún discurso contemporáneo en arquitectura puede pretender ser más verdadero que otro, sin incurrir en una legitimación por metarrelato. Al parecer, la única alternativa que queda es la persuasión redescritora, la cual, sin embargo, no opera precisamente en un escenario inocuo.

mativa: por un lado, Eisenman certifica su discurso en tanto marca de una prestigiosa empresa internacional de "proyectos" y, por otro, el discurso legitima a Eisenman en tanto persuade a la comunidad académica a asentir sus argumentaciones. Es en este preciso entronque performativo donde se produce el acoplamiento asimétrico entre lo privado y lo público y, con ello, la posibilidad de un lento reemplazo del concepto moderno de proyecto por su versión posmoderna, ironista e inmanente.

En una primera instancia, habría que decir que el discurso teórico-disciplinario del profesional privado no va dirigido directamente al inversionista que pueda, eventualmente, financiar su obra. A este último no le interesa, ni menos está en condiciones de acogerlo, por la propia impronta epistémica que, de suyo, tiene el mundo empresarial⁽⁵⁾. Por el contrario, este más bien va dirigido –en lo temático y en lo retórico– al mundo académico al cual el profesional muchas veces pertenece y, en algunos casos, conduce. Es allí donde se encuentran instaladas las condiciones de escucha requeridas para su recepción y donde existe un cuerpo de docentes presto a discutir sus postulados y a difundirlos en la enseñanza a sus estudiantes. Este efecto de difusión académica estaría mucho más propenso a desplegarse por parte de aquellos docentes más ligados al ejercicio privado de la profesión, no solo porque tengan simfonías con tales narrativas debido a la análoga posición intermedia que también mantendrían entre lo público y lo privado⁽⁶⁾. También ocurre porque ven como natural la reducción de lo "teórico" al ejercicio práctico-proyectual, en la medida en que están inevitablemente influenciados por la óptica pragmática que el desempeño profesional ineludiblemente les proporciona. Este particular vincu-

lo entre el ejercicio privado del oficio y la docencia, sin duda, resulta favorable para que el *sensus communis* deconstructivista de la noción de proyecto –en alianza con la discursividad ironista del "arquitecto-empresario"– logre finalmente instalarse y naturalizarse exitosamente al interior de la academia. Pues bien, el prestigio que los pares docentes finalmente le otorgan al arquitecto privado sí puede interesarle bastante al inversionista, sobre todo en una economía global donde el capital simbólico adquiere cada vez más relevancia.

En este contexto, hay muchos incentivos para que la concepción ilustrada, prospectiva y política de proyecto se vea reemplazada por una versión esteticista y despolitizada, aunque revestida con todos los oropeles de la institución universitaria para fines de la autopromoción empresarial de la arquitectura.

En definitiva y de manera alarmante, la universidad puede convertirse en el campo de certificación pública del discurso privado. Una comprensión autonomista del proyecto como la hegemonizada por el deconstructivismo, funcional al ironismo profesional, ha podido finalmente universalizarse gracias a un procesamiento pedagógico que le permite disimular su interés particular.

Sostener acriticamente esta versión posmoderna de proyecto, intoxicada con la fascinación unilateral por el universo de los significantes, al contrario de lo que aseguraría Eisenman, sería asumir la máxima instancia del sometimiento ideológico: en un mundo sin metarrelatos donde los fines han desaparecido, únicamente resta la desnuda praxis de la profesión. Pero en la llanura del pragmatismo post-ideológico no parecería posible advertir el contexto político, histórico o epistemológico donde tal reducción y universalización del concepto de proyecto ha ocurrido porque, precisamente, en tales circunstancias la proyectación no puede ser pensada más que a partir de sus propios principios inmanentes. Toda otra estimación que vulnere o trascienda su autonomía procedimental sería calificada de "metafísica", "modernista" o "clásica".

En estos términos, la conquista de la autonomía disciplinaria mediante la contracción posmoderna de lo proyectual a los lindes del diseño sería inversamente proporcional a la derrota del pensamiento crítico universitario. Esta

(5) En este sentido, el Estado financia obras no por la retórica de los arquitectos sino por la eficiencia que el proyecto pueda proporcionarle para el cumplimiento de sus intereses aunque, no obstante, la carga simbólica del prestigio autorial puede ser, en este caso, muy apetecible para incrementar el orgullo nacional.

(6) El carácter público de la universidad radica en la naturaleza incondicionada del espacio discursivo que lo caracteriza. En rigor, sin esta cualidad no puede gozar de dicho estatuto. Hoy parece extremadamente simple e imprudente identificar público con estatal, sobre todo considerando el rol que el Estado comienza a jugar en la promoción de lo privado bajo el orden neoliberal. Por lo mismo, para mantener su sentido moderno no basta únicamente con demandar para la universidad mayores recursos al gobierno nacional; es necesario también, y de manera urgente, desprivatizar su espacio discursivo y promover su autonomía. Cfr. Derrida, 2010.

paradoja del triunfo y el fracaso inevitablemente será el trágico resultado que el ironismo obtendrá cuando pretenda alcanzar su máxima consecuencia y efectividad. Justamente, su mayor éxito sería ser capaz de redescibirse a sí mismo, antes de que otros puedan ver sus contradicciones, pero el precio de esa lucidez es ciertamente la autodisolución inmovilizadora: como nos advierte Eagleton, en un ejercicio deconstructivista radical, «gana quien logra deshacerse de todos sus naipes para quedar con las manos vacías» (Eagleton, 1988, pág. 178).^m

REFERENCIAS

- DERRIDA, J. (2010). *Universidad sin condición*. Madrid: Trotta.
- EAGLETON, T. (1988). *Una introducción a la teoría literaria*. C. de México: Fondo de Cultura Económica.
- EISENMAN, P. (1994). El fin de lo clásico. En P. Hereu, J. M. Montaner & J. Oliveras, *Textos de Arquitectura de la Modernidad* (págs. 463-492). Madrid: Nerea.
- KANT, I. (1993). *Crítica del Juicio (Introducción IX De cómo la facultad de juzgar enlaza las legislaciones del entendimiento y de la razón)*. Buenos Aires: Losada.
- LACLAU, E. (2002). Política de la retórica. En E. Laclau, *Misticismo, retórica y política* (págs. 57-99). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LYOTARD, J.-F. (2000). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.
- PUEBLA PONS, J. (2002). *Neovanguardias y representación arquitectónica. La expresión innovadora del proyecto contemporáneo*. Barcelona: UPC.
- RORTY, R. (1989). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós.
- SLOTERDIJK, P. (2007). *Crítica de la razón cínica*. Madrid: Siruela.
- ŽIŽEK, S. (2009). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.